

EL BESTSELLER INTERNACIONAL QUE HA DADO BUENA FORTUNA A MILES DE LECTORES

MAX GUNTHER



EL FACTOR SUERTE

Por qué algunas personas son más afortunadas
y cómo convertirte en una de ellas

DIANA

MAX GUNTHER

EL FACTOR SUERTE



Por qué algunas personas son más
afortunadas y cómo convertirte
en una de ellas

Autoconocimiento

DIANA

Max Gunther declara ser el autor y afirma ostentar los derechos de la presente obra, de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Si bien se ha hecho todo lo posible para garantizar que la información de este libro sea precisa, no se puede aceptar ninguna responsabilidad por cualquier pérdida sufrida de cualquier manera de cualquier persona que se base únicamente en la información contenida en este documento.

Ninguna responsabilidad por la pérdida ocasionada a cualquier persona o a alguna entidad corporativa que actúe o se abstenga de actuar como resultado de la lectura del material de este libro puede ser aceptada por el editor o por el patrimonio del autor.

Algunos de los nombres y de los rasgos característicos de algunas personas se han modificado para proteger su privacidad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The luck factor*

Primera edición: noviembre de 2022

© Max Gunther, 1977

Publicado por primera vez en 1977. Publicado por Harriman House en 2009, reimpresso en 2012. Esta nueva edición de Harriman House Classics se publicó por primera vez en 2020, www.harriman-house.com

© de la ilustración de interior, Víctor Santacruz

© de la traducción, Carlos Díaz, 2022

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-1119-041-1

Déposito legal: B. 18.369-2022

Maquetación: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

<i>Prólogo de Gautam Baid</i>	11
La búsqueda. Prepárate para un viaje extraño	15

PRIMERA PARTE

Los golpes

1. Los benditos y los malditos	21
2. Dos vidas.	39

SEGUNDA PARTE

Especulaciones sobre la naturaleza de la suerte: algunos ensayos científicos

3. La teoría de la aleatoriedad	53
4. Las teorías psíquicas.	73
5. La teoría de la sincronicidad	87

TERCERA PARTE

Especulaciones sobre la naturaleza de la suerte: algunos ensayos
ocultistas y místicos

6. Números	107
7. Destino y Dios	121
8. Amuletos, señales y presagios.	131

CUARTA PARTE

El ajuste de la suerte

La aventura. Ahora llegamos al núcleo de nuestro viaje.	143
9. La estructura de telaraña	145
10. La habilidad para las corazonadas	159
11. <i>Audentes fortuna iuvat</i>	183
12. El efecto trinquete	201
13. La paradoja del pesimismo.	215

Los benditos y los malditos



Algunas personas son más afortunadas que otras. Esa es una frase con la que pocos estarían en desacuerdo. Pero es como la sopa al inicio de una comida: por sí misma no satisface. Debe ir seguida de algo más, y es entonces cuando comienzan las discusiones.

¿*Por qué* algunas personas son más afortunadas que otras? Esta es una pregunta de enormes proporciones, pues explora las convicciones fundamentales de las personas respecto a sí mismas, sus vidas y sus destinos. No hay un acuerdo sobre este interrogante, nunca lo ha habido y quizá nunca lo habrá. Algunos creen saber las razones para la buena y la mala suerte. Otros están de acuerdo en que debe de haberlas, pero dudan de que sea posible conocerlas. Y otros dudan incluso de que haya razones.

Y así se inicia el debate.

Eric Leek, barbero y estilista, ha pensado mucho sobre la suerte últimamente, pues esta llegó a su vida sin proponérselo y alteró de forma radical su curso. Ansioso por escuchar su filosofía, lo busco en su casa en North Arlington, Nueva Jersey. Tengo una dirección, pero no creo que sea la correcta. Se trata de un edificio de apartamentos sin ascensor ubicado sobre algunas tiendas en una calle vieja y decadente. Junto a una farmacia, encuentro una puerta desvencijada y sin numerar

que, supongo, es la dirección de Eric Leek. El buzón metálico abollado en el pasillo no tiene nombre. Al subir unos escalones de madera que crujen, encuentro otra puerta sin número. Con la esperanza de estar en el lugar correcto, llamo.

Eric Leek me hace pasar. Es un hombre alto, delgado y guapo de veintiséis años, con cabello castaño claro y bigote. El apartamento es viejo pero está bien cuidado. Leek me presenta a su amiga Tillie Caldas, quien insiste en traerme una botella de cerveza porque, según dice, le incomoda ver a un invitado sentado sin nada en la mano. El tercer miembro del hogar es un pequeño y amistoso gato pelirrojo y blanco, que me presentan como Keel: Leek escrito al revés. Eric Leek menciona que su nombre completo escrito al revés es Cire Keel, y que cree que hubo un hechicero medieval con ese nombre. Piensa que es posible que él sea la reencarnación de Cire Keel.

Pasamos al tema de la suerte.

—Me preocupa hablar sobre la suerte —dice—, porque cuando lo hago, algunas personas piensan que soy raro. Mi opinión al respecto es principalmente religiosa, o mística, si lo prefieres. Creo que la buena suerte llega a la gente que está lista para ella y que la usará de manera desinteresada para ayudar a otros. No creo que llegue con frecuencia a los codiciosos. Como regla general, la gente más codiciosa que conozco también es la más desafortunada.

Leek tendrá una amplia oportunidad en los próximos años de demostrar su sinceridad. El 27 de enero de 1976, este joven desconocido se volvió sorprendentemente rico de la noche a la mañana. Ganó una lotería especial del estado de Nueva Jersey con motivo del año del bicentenario, y su premio fue el mayor jamás otorgado en cualquier lotería en la historia de la nación: 1.776 dólares a la semana, es decir, poco más de 92.000 dólares al año, de por vida. Él y sus herederos, si es que fallece antes de forma inesperada, tienen garantizados por lo menos un total de 1,8 millones de dólares.

El billete ganador, que le costó un dólar, fue uno entre 63 millones en el sorteo.

—Sé cuál es la pregunta —continúa—, ¿por qué ganó ese billete? Entre toda esa gente, ¿por qué yo? No creo que solo fuera algo que ocurrió al azar. Hay una razón para todo lo que ocurre, incluso si no podemos verla siempre. Hay patrones..., hay algo que guía nuestras vidas.

Dice que siempre ha tenido suerte.

—Nunca me he preocupado mucho por el futuro porque, para mí, siempre parecía que él se encargaba de sí mismo. Es una de las razones por las que nunca he «sentado la cabeza», como se suele decir.

A lo largo de su vida ha sido cantante y actor (algo que se ve en su forma suave y precisa de hablar), taxista, albañil y barbero.

—Siempre tuve un fuerte presentimiento de que en mi vida se produciría un gran cambio más o menos a esta edad. No tenía prisa por encontrarme a mí mismo porque sabía que pasaría algo que lo cambiaría todo, y de ese cambio surgiría la orientación.

—¿Sentías que conocías el futuro? —pregunto.

—De un modo vago, sí. Tillie y yo somos semiclarividentes.

—Es cierto —interviene Tillie—. Unas semanas antes de que todo esto ocurriera, soñé que estaba con un hombre de cabello claro que ganaba una fantástica cantidad de dinero. Pero es gracioso: al principio no conecté el sueño con Eric. Eso pasó después. Justo antes del sorteo, me di cuenta de repente de que estaba segura de que ganaría.

—Al final, yo también estaba seguro —dice Leek.

Recuerda que la aventura comenzó sin una pista premonitoria de su desenlace.

—En realidad no pensé en la posibilidad de ganar nada. La recaudación de la lotería se entregaría a un fondo estatal de educación, y compré los billetes porque me pareció una buena causa. Creo que compré unos cuarenta en el transcurso de varios meses, siempre que tenía un dólar de sobra. La lotería estaba organizada de modo que para el gran sorteo fueran elegidos cuarenta y cinco finalistas. Un día leí en el periódico que los nombres de los finalistas se anunciarían al día siguiente, y le dije a un amigo: «Mi nombre estará en esa lista». Fue un chiste, pero no una bro-

ma, si es que eso tiene sentido. En cierto modo pensé que era verdad. Y, desde luego, lo fue.

Entonces, el número 10 entró en la historia. Leek considera que el 10 es su número de la suerte.

—Nací a las diez del décimo día del décimo mes. La mayoría de las cosas buenas que me pasan tienen un diez en alguna parte. Por ejemplo, conocí a Tillie un día 10.

En el día del sorteo final de la lotería había un buen augurio: 27 de enero. Los tres dígitos de esa fecha, 27/1, suman diez. Otro augurio numérico apareció durante el sorteo mismo, que se llevó a cabo en un auditorio universitario con la mayoría de los finalistas presentes. Fue un procedimiento teatral y complicado, que se alargó deliberadamente para incrementar el suspense. En una de las etapas de este largo proceso, el nombre de Leek llegó a la «posición» marcada con el número 10. Dice que en ese momento supo que ganaría.

¿Qué hará con el dinero? De momento su plan más importante es abrir un centro juvenil en North Arlington.

—Para evitar que los niños se metan en problemas. Verás, mi buena suerte se va a convertir en la buena fortuna de algunos niños que todavía no conozco.

¿Cree que seguirá siendo afortunado? De momento, sí. Poco después del sorteo, llevó a Tillie a Acapulco y, sin saberlo, el hotel le asignó la habitación que él podría haber pedido: 1010. Al volver a Nueva Jersey unas semanas después, asistió a una reunión del sindicato de barberos. Se celebró un sorteo. Como entonces Leek ya era una estrella local, le pidieron que sacara el nombre del ganador de una urna colocada sobre su cabeza. El nombre que sacó fue el suyo.

Jeanette Mallinson es una mecanógrafa desempleada al final de su treintena, con ligero sobrepeso pero atractiva. Tiene el pelo castaño y ojos azules. Nos encontramos en la barra del comedor de un drugstore en Washington, D.C. Junto a su taza de café hay un periódico en el que ha estado mirando los anuncios de trabajo.

—Al parecer siempre termino desempleada —comenta, aunque no hay un deje de autocompasión en su voz. Por el contrario, parece extrañamente alegre—. Una vez leí algo que escribió un psicólogo: decía que las personas crean su propia mala suerte. Pero en mi caso eso no es verdad. Al menos no es toda la verdad. He tenido mucha mala suerte en mi vida, más de la que me corresponde, creo. Cuando digo «mala suerte», me refiero a cosas más allá de mi control. Pienso que es el destino. Algunas personas son elegidas para tener mala suerte durante un tiempo, pero no tiene que ser para siempre. En mi caso, las cosas mejorarán el año próximo; y el posterior a ese, por fin, todo saldrá de maravilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dice mi horóscopo. Quizá te suene a superstición, pero mira, cuando has tenido tan mala suerte como yo, comienzas a preguntarte de qué se trata todo esto. Intenté averiguarlo mediante la religión, pero no me dio buenas respuestas. Al final, una amiga hizo que me interesara por la astrología, y me sorprendió lo precisa que es. Verás, mi signo zodiacal es escorpio, pero tengo a Saturno y Marte en los lugares equivocados y muchos otros problemas. Casi cuarenta años de problemas desde el día en que nací. Pero ya se están acabando, así que este año, en vez de preocuparme, espero con ansias el siguiente. Mientras, saldré a flote de algún modo. Siempre lo hago...

El primer recuerdo importante de mala suerte que tiene se remonta a su niñez, en Maryland. Alguien intentó encender con gasolina una fogata para un pícnic, y la llamarada consiguiente le causó una grave quemadura en la mejilla izquierda. La piel dañada fue reemplazada mediante cirugía plástica, y los únicos rastros visibles son unas pequeñas cicatrices.

—Pero la cirugía plástica no estaba tan avanzada cuando era niña, y de todas maneras mis padres no tenían el dinero necesario. Así que viví mi adolescencia con ese enorme parche rojo y feo en la mejilla. Tú sabes lo sensible que es una chica adolescente. El parche no me desfiguraba tanto, pero pensaba que era horrible de ver. Me quedaba sola en casa, no salía a citas ni nada. Me volví una ermitaña. Dicen que el

carácter hace la suerte, pero conmigo fue lo contrario. El destino formó mi carácter. Esa mejilla quemada me volvió solitaria, demasiado tímida para mirar a alguien a la cara.

Al terminar el instituto, Jeanette se mudó a Washington y comenzó a trabajar como funcionaria del Gobierno.

—En toda mi vida, jamás he conservado un trabajo más de tres años. Siempre pasa alguna cosa por la que me despiden. Algunos de los problemas quizá fueron en parte por mi culpa, pero..., bueno, veamos mi primer trabajo. Alguien robó un montón de dinero del efectivo para gastos menores. ¿A quién acusaron? A mí, por supuesto. Tuve la mala suerte de que alguien me viera volver a la oficina fuera del horario laboral. Regresé a buscar un champú que había comprado y olvidado en el cajón de mi escritorio, pero creyeron que había ido para robar algo de dinero. Así es mi vida. O bien mi último trabajo, la razón por la que estoy mirando anuncios en este momento. Me iba bien, entonces ¿qué sucede? Que el gerente de la oficina renuncia, y la nueva persona a la que contratan es una completa bruja. No le gusta a nadie y el sentimiento es mutuo, pero por alguna razón me convierte en su blanco principal. No sé por qué. Le he dado vueltas una y otra vez en mi mente y, honestamente, no puedo pensar en nada que yo haya dicho o hecho para que me considerara su enemiga. Solo fue una de esas cosas que pasan, dos personalidades en las que saltan chispas, pura mala suerte. En fin, hizo las cosas tan insoportables para mí que o renunciaba o iba a terminar en un hospital psiquiátrico.

Jeanette ha tenido muchas relaciones con hombres y todas han terminado mal. Se casó a los veintidós años. A los tres años, su esposo la abandonó y la dejó con dos niños pequeños. Luego conoció a otro hombre, Gene. A ella le pareció que era el correcto, una relación perfecta. En vez de apartarse, quedó encantado con sus dos hijos y quería casarse con ella. Pero una semana antes de la fecha de la boda, la madre de Jeanette enfermó de gravedad y ella tuvo que posponer todos sus planes para hacerse cargo de la anciana durante varios meses. Con el tiempo, quedó claro que la madre quedaría inválida para el resto de su vida y debería vivir con Jeanette o en una residencia de ancianos. La

perspectiva de vivir con la madre de Jeanette o tener que cubrir las cuotas de la residencia pareció enfriar el entusiasmo de Gene. Ella habló con él acerca del problema durante varias semanas y le ayudó a apuntalar su decaído entusiasmo. Él comenzó a hablar de reprogramar la boda.

Pero entonces se produjo otro golpe. Uno de los hijos de Jeanette se desmayó en la escuela. Descubrieron que era epiléptico. La epilepsia era de un tipo difícil de tratar y requería visitas frecuentes al médico y medicamentos costosos. Gene se esfumó silenciosamente.

—Mi otro hijo tiene asma —dice Jeanette con total naturalidad, como si el hecho fuera obvio e inexorable. En este momento tengo un retraso de seis meses en el pago de las facturas del médico y las medicinas, y dos meses con el alquiler del apartamento. Tenía un televisor, pero lo embargaron el mes pasado... —suspira—. Bueno, algunas personas tienen golpes de suerte y otras no. Todo lo que puedes hacer es esperar a que pasen los malos tiempos. Si las estrellas no se alinean para ti, no hay modo de pelear contra ello.

Sherlock Feldman era un apostador profesional. Hasta su reciente fracaso, Feldman era un estudioso de la suerte —o, más precisamente, de las teorías de otras personas sobre la suerte— y un cronista entusiasta de los excéntricos de la fortuna. Era gerente de casino en el Dunes, uno de los clubes de apuestas más famosos de Las Vegas. Pasaba sus días y noches —la mayoría, noches— observando a la gente jugar con la esencia destilada de la suerte, gente que prefería apostar antes que dormir.

Todo en Sherlock Feldman era grande: su barriga, su nariz, sus gafas de montura negra, su sonrisa, su pasión por la vida. Su tolerancia también era grande. Escuchaba con paciencia y simpatía las opiniones de los demás sobre la suerte y absorbía todas las teorías. Y cuando le pareció oportuno formular la suya, lo hizo desapasionadamente.

—Si me preguntas qué es la suerte —me dijo alguna vez—, te diré que no lo sé. La gente viene con tréboles de cuatro hojas, cartas astro-

lógicas, números de la suerte, y quieren controlarla con estos artilugios. Quizá los números de la suerte sí funcionan para algunas personas, y tal vez esa es una definición de suerte: ser el tipo de persona para quien funcionan los números de la suerte. Pero para mí la suerte nunca ha sido nada más que cosas que ocurren de forma aleatoria.

No obstante, Feldman tenía historias extrañas para contar; anécdotas que, como él mismo admitía sin tapujos, no podía explicar de manera adecuada. Algunas de sus favoritas tenían que ver con lo que él llamaba «perdedores natos». Reconocía que esta frase parecía contradecir su propia filosofía.

—Si la suerte es aleatoria, todos deberíamos tener más o menos la misma proporción de buenas y malas rachas. No debería haber perdedores natos, no si hablamos de suerte aleatoria pura, como en la ruleta. Pero hay gente que gana con frecuencia, gente que a largo plazo queda en tablas, y gente que nunca gana. ¿Por qué? Si algún día lo averiguas, dímelo.

Una noche, Feldman vagaba por el casino cuando su ojo vigilante se vio atraído por un hombre que no parecía pertenecer a aquel lugar.

—Era un tipo pequeño, quizá de cuarenta y cinco o cincuenta años, con una mirada triste. Vestía una camisa de *sport*, pero no dejaba de llevarse la mano al cuello, como si estuviera acostumbrado a llevar corbata. Estaba de pie, solo, mirando a un montón de gente jugar a la ruleta. Me acerqué a saludarlo. No pensé que planeara robar el lugar ni nada, pero en este negocio tienes que ser curioso respecto a las personas, ¿sabes?

El hombre pareció complacido de que alguien quisiera hablar con él. Ambos charlaron un rato. Le dijo que se dedicaba a la mercería en un pequeño pueblo del Medio Oeste. Su esposa y él viajaban por el suroeste durante unas vacaciones de dos semanas. Ella había ido a ver un espectáculo con una amiga esa noche y él se encontraba solo.

—Pensé en pasar por aquí y echar un vistazo —dijo—. No podría volver a asomar la cabeza por casa si la gente supiera que vine a Las Vegas y no visité un casino.

—Hay espacio en la mesa, si quiere probar suerte —le indicó Feldman.

—Oh, por Dios, no. No necesito probar mi suerte, ya sé que es mala. Nunca he ganado nada en mi vida, ni siquiera un cara o cruz. Soy un seguro perdedor.

Feldman asintió amistosamente y comenzó a marcharse. Justo entonces el hombre triste notó que a alguien se le había caído un billete de cinco dólares bajo la mesa. Se asomó entre la multitud y le gritó al crupier: «¡Hay uno de cinco abajo!».

Entre el ruido y la confusión, el crupier entendió mal. Pensó que el hombre estaba apostando «cinco al 4». El crupier puso una ficha de cinco dólares en el número 4, la rueda giró y la pequeña bola de marfil cayó sobre la casilla 4. La ficha del mercero había ganado 175 dólares.

El crupier empujó la pila de fichas por la mesa. Anonadado, el hombre triste no movió la pila de donde estaba: la casilla marcada como «rojo». La rueda volvió a girar. Ganó el rojo. Los 175 se duplicaron a 350.

Feldman cogió el billete de cinco dólares del suelo y se lo devolvió a la jugadora que lo había perdido. Después dio una palmada en la espalda al mercero y le dijo:

—Parece que su suerte no es tan mala después de todo.

—¡No puedo creerlo! —respondió el hombre— Nunca me había pasado algo así. Nunca gano. Si hay un 50 % de probabilidades de perder un juego, conmigo sube al 100 %. Cuando jugaba al póquer con mis amigos en casa, me llamaban el «Viejo Flujo de Efectivo» porque siempre terminaba por financiar la partida.

—Bueno, pues esta noche es su noche —dijo Feldman—. Parece que su suerte por fin ha cambiado. ¿Por qué no la deja rodar?

Él lo hizo y terminó ganando. Al final, su pila de fichas valía más de cinco mil dólares, y la tensión fue más de la que podía soportar. Decidió coger el dinero y marcharse.

Pero la mala suerte seguía acechándolo con sus formas misteriosas.

Las casas de apuestas en Las Vegas, como en todo el mundo, parecen ser encantadoramente informales en cuanto a sus métodos de ma-

nejar las apuestas y extender créditos. Pero debajo de esa superficie despreocupada, hay reglas de hierro. Una de ellas, la que aplican con más firmeza —ya que jamás se permiten excepciones—, tiene que ver con el proceso de realizar una apuesta.

Un jugador puede realizar una apuesta sin tener que colocar efectivo, y si al crupier le gusta su aspecto, lo invitará al juego prestándole una o dos fichas. Sin embargo, al final el jugador debe mostrar el efectivo para pagar esas fichas de la apuesta de apertura. Incluso si gana, debe demostrar que tenía suficiente efectivo en su bolsillo para cubrir la apuesta original. Si no puede mostrar la cantidad de dinero requerida, la casa se negará, amable pero firmemente, a pagar sus ganancias.

En el caso del mercero, le habían adelantado una ficha de cinco dólares. El requerimiento parecía bastante fácil. Para obtener los cinco mil dólares de ganancia, todo lo que debía hacer era demostrar que tenía cinco dólares en su bolsillo.

Sacó su cartera y miró dentro. Su sonrisa se volvió una expresión de sorpresa, y luego hizo una triste conjetura. Su esposa había cogido todo su efectivo para los gastos de la noche y olvidó decírselo. La cartera estaba vacía.

Probablemente debamos detenernos en este momento para tratar de aclarar a qué nos referimos con *suerte*. Es una palabra corta y encantadoramente simple, pero está cargada de una parafernalia emocional, filosófica, religiosa y mística. Hay decenas de definiciones posibles para ese cargado vocablo. Cada una de ellas implica cierto modo de ver la vida y, si insistes en ello en voz lo bastante alta, cada una te meterá en discusiones con otros hombres y mujeres que ven la vida de otro modo y, por lo tanto, prefieren definiciones diferentes.

Los diccionarios son solo un apoyo limitado en este dilema. Cada definición del diccionario puede ser discutida, pues todas parecen menospreciar una filosofía o la otra. La definición de Funk and Wagnalls, un diccionario de inglés estándar, comienza por decir que la suerte es «aquello que ocurre por azar». Algunos dirían que esa es una

definición buena y completa, pero otros dirían que no, que la suerte es más que azar. El diccionario de Random House parte de un inicio más místico: «La fuerza que parece operar para bien o para mal en la vida de una persona». ¿Fuerza? ¿Qué fuerza? En cuanto al viejo diccionario Webster: «Una fuerza sin propósito, impredecible e incontrolable que hace favorables o desfavorables los sucesos para un individuo, grupo o causa». Pero los devotos religiosos dirían que no, que no carece de propósito. Los astrólogos y entusiastas de los fenómenos psíquicos, por su parte, afirmarían que no, que no es impredecible. Y muchos apostadores de Las Vegas, Montecarlo y los hipódromos argumentarían que no, que tampoco es necesariamente incontrolable.

He buscado una definición que puedan aceptar todos, una que simplemente presente los hechos y deje atrás las explicaciones y análisis. Hela aquí:

*Suerte: acontecimientos que influyen en tu vida
y al parecer están más allá de tu control.*

Reconozco que es una definición vaga, y esa es la intención. Debería satisfacer a quienes creen que la suerte solo es el flujo y reflujo de sucesos aleatorios. Y a quienes, pese a sentir que es más que aleatoriedad, están convencidos de que las fuerzas pueden explicarse en términos racionales y científicos. Y a quienes creen que la suerte involucra fuerzas ocultas o de otro mundo: estrellas, números, hechizos, patas de conejo, tréboles de cuatro hojas; o, más grande que todo eso, a Dios Todopoderoso.

La definición de suerte de cada persona depende de cómo ha sido su vida. No tiene sentido discutir sobre la opinión que otra persona tiene sobre la suerte, como no lo tiene discutir sobre la historia de vida de alguien más. Este libro no discutirá con nadie. Hablaremos con hombres y mujeres que tienen creencias diversas y escucharemos sus historias y explicaciones, y cuando parezca útil, investigaremos lo que parezcan errores de lógica; pero con mucha mucha delicadeza y con la máxima humildad. Solo queremos ver lo que hombres y mujeres pien-

san y hacen respecto a la suerte. Durante esta búsqueda, conoceremos muchas filosofías extrañas y mucha gente rara e interesante. Nuestro objetivo es averiguar si hay diferencias tangibles entre los consistentemente afortunados y los desafortunados. ¿Hay ciertas cosas que la gente afortunada hace con más frecuencia que la desafortunada? ¿Las personas afortunadas se enfrentan a la vida de cierta manera, tienen ciertas formas de pensar y actuar? ¿Esto se puede aprender? ¿Es posible combinarlo con tu propia filosofía de la suerte, ya sea dicha filosofía pesadamente pragmática o extremadamente ocultista, o un punto intermedio?

La respuesta a todas esas preguntas es «sí».

Ralph Waldo Emerson dijo hace un siglo: «Los hombres superficiales creen en la suerte». Es obvio que su definición de suerte era limitada. Al hacer ese amargo enunciado se refería a la suerte en su sentido místico y metafórico: una cosa no aleatoria, una fuerza, voluntad o patrón que empuja a la gente de maneras misteriosas, pero, de algún modo, ordenadas.

Pero si aplicamos las palabras de Emerson a nuestra definición más amplia de suerte — acontecimientos que influyen en nuestras vidas y al parecer están más allá de nuestro control—, la frase no tiene sentido. Hablar sobre creer o no creer en la suerte, como la definí, es como hablar sobre creer o no creer en el sol. El sol simplemente está ahí, y también está ahí la suerte. La vida de todos está influida por sucesos que llegan a ella desde el exterior. Ningún hombre, mujer o niño puede decir que tiene el control total de su propia vida. *Todos* estamos sujetos a lo impredecible, lo inesperado, lo no invitado. A veces nuestra suerte es buena y a veces, mala, pero siempre es un elemento con el que lidiamos. Desempeña un papel en la vida de todos, y con frecuencia se trata de un papel dominante.

Da miedo considerar el papel que la suerte desempeña en el inicio mismo de tu vida. Yo existo hoy porque, hace muchos años, en Londres, un hombre joven se resfrió. Trabajaba para un banco de la ciu-

dad. Los domingos, cuando el tiempo era bueno, le gustaba hacer píc-nics en el campo o nadar en una de las playas de los canales ingleses. Un domingo de primavera, postrado por el resfriado, canceló sus planes y se quedó en casa, en su pequeña y mugrienta habitación cerca del banco. Un amigo pasó a verlo y lo invitó a una fiesta, donde conoció a una joven. Se enamoraron y se casaron. Eran mi madre y mi padre.

Más o menos un cuarto de siglo después, otra joven llegó a Nueva York en busca de trabajo. Había una vacante que la atraía mucho en el departamento de personal de una universidad. Tras ser entrevistada para el puesto, esperó una semana sin recibir respuesta y, cada vez más nerviosa porque se le agotaba el dinero, aceptó con reticencias otro puesto menos atractivo que ofrecía una revista. Pocos días después, la universidad le ofreció el trabajo que de verdad quería. La oferta se había retrasado debido a una serie de complicaciones administrativas y otras cuestiones triviales, incluido el hecho de que algunas personas encargadas de tomar decisiones habían estado postradas en cama con gripe. La joven lo pensó durante un día y, finalmente, guiada en parte por un sentido de obligación moral y en parte por una cómoda inercia, decidió permanecer en la revista. Poco después, yo llegué a la misma revista y fui contratado para trabajar en el departamento de redacción. La joven y yo nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos. Nuestros tres hijos no existirían hoy si un desconocido ejecutivo universitario no hubiera enfermado de gripe en el momento justo.

Hay muchas historias parecidas, y podemos referirnos a ellas en términos de Hado o Destino, con una portentosa mayúscula inicial, o decir (como yo prefiero hacer en lo personal) que las historias no ilustran sino los acontecimientos carentes de patrones de hechos aleatorios. Cualquier interpretación se ajusta a la definición amplia de suerte. Si pensamos que ejercemos un control riguroso y detallado sobre nuestras vidas mediante planificación y dirección personales, estamos siendo víctimas de una ilusión.

Muchos hombres y mujeres inteligentes se sienten frustrados y desconcertados, como Emerson, por la existencia de la suerte. Pues la

suerte es el insulto supremo a la razón humana. No puedes ignorarla, y a la vez no es posible hacerla parte de tus planes. Solo te queda esperar y saber que entrará en tu vida una y otra y otra vez. No hay manera de saber qué forma tomará o si su visita te dejará triste, feliz o enfadado, más rico o más pobre, más arriba más abajo o en un punto intermedio.

Con certeza, es imposible saber si te dejará vivo o muerto.

El intelecto humano siempre intenta crear orden. La suerte siempre intenta crear caos. Sin importar con cuánto cuidado y astucia planifiques tu vida, la fortuna cambiará el diseño. Con buena suerte, cualquier plan a medias te llevará a alguna parte. Con mala suerte, ningún plan funcionará. Esta es la característica frustrante de la fortuna. Es el elemento que debe ser, y sin embargo no puede ser, tenido en cuenta en nuestros planes.

Nuestros esfuerzos más entusiastas por superarnos se volverán prácticamente fútiles a menos que vayan acompañados de golpes de suerte correctos. Tal vez tengas valor y perseverancia y cualquier otra característica admirada por la ética protestante, o amor y humildad y todas las características admiradas por los poetas, pero a menos que también tengas buena suerte (y Jeanette Mallinson te lo puede decir), nada de eso será de gran ayuda. Puedes estudiar tácticas personales, como Maquiavelo. Puedes aprender técnicas para lograr poder. Puedes aprender a intimidar a las personas, a guiarlas, a decirles «no» sin sentir culpa, a ser encantador, hipnotizarlas y venderles botellas de agua caliente en el ecuador. O puedes ir en la dirección opuesta y aprender a ser feliz dentro de ti mismo, aprender a rezar, encontrar la comunión con Dios. No importa. Es probable que cualquier técnica de crecimiento personal que te atraiga funcione para ti, pero hay un elemento que debe estar presente para que funcione bien, un elemento que rara vez se reconoce en las instrucciones. Se trata de la suerte. Casi cualquier aproximación al éxito y la satisfacción personal funcionará... si eres afortunado.

Cierto día, un conocido mío de IBM fue al baño en su oficina para practicar meditación trascendental. Era el único lugar donde podía

encontrar la soledad necesaria. En cuanto empezó a recitar su mantra, un azulejo suelto cayó del techo y lo golpeó en la cabeza. Se levantó de un salto, asustado. Las llaves de su coche se cayeron de su bolsillo posterior y fueron a parar al inodoro. Se inclinó para recuperarlas, pero en medio del desconcierto no lo hizo con el debido cuidado y se apoyó en la palanca de la cisterna. Sus llaves desaparecieron.

Nada, *nada* funciona sin buena suerte. Sería estupendo si aprendiéramos a controlar este elemento enormemente poderoso mejor de lo que muchos lo hacemos. Sería magnífico que hubiera técnicas para lidiar con la suerte como las hay para lidiar con todo lo demás.

Ha habido muchos intentos de encontrar tales técnicas. Desde que las primeras tribus pidieron lluvias, buenas cacerías u otras bendiciones a los dioses, la mayoría de las religiones han sido intentos de controlar la suerte —aunque, claro, para algunas más complejas, como el cristianismo, solo en parte—. Muchas personas todavía rezan hoy día para conseguir resultados favorables, llevan medallas de san Cristóbal (si son católicas) para protegerse de accidentes durante los viajes, y buscan guía espiritual cuando tienen que elegir entre diferentes opciones. Casi todas las artes ocultas poco recomendables intentan usurpar el control de lo incontrolable; o, como en la astrología, prepararse para ello tratando de predecir qué tipo de suerte habrá en el camino.

No obstante, la existencia misma de la palabra *superstición* demuestra que la gente no es capaz de ponerse de acuerdo sobre las fuerzas invisibles que podrían o no estar operando en nuestras vidas. Este vocablo se define como «cualquier creencia religiosa, mística u oculta que no comparto». Lo que es superstición para mí podría ser religión para ti, y viceversa. El problema con todos estos enfoques es que su eficacia para mejorar nuestra suerte no se ha demostrado de manera satisfactoria. Algunos funcionan para algunas personas, pero no todo el mundo está dispuesto a probarlos.

Sería útil si hubiera enfoques para el control de la suerte que no dependieran de fuerzas invisibles, enfoques cuya eficacia pudiera demostrarse de forma pragmática. Los hay.

He coleccionado con fascinación historias y teorías sobre la suerte desde mediados de la década de 1950, cuando un relámpago de buena fortuna salió de la nada y se estrelló en mi vida (o así lo parecía en su momento) y alteró de forma radical el proyecto. Desde entonces, mientras entrevistaba a miles de hombres y mujeres por diversos motivos periodísticos, también los he entrevistado sobre la suerte: sus experiencias y sus pensamientos sobre ella, así como sus intentos por controlarla. He prestado especial atención a personas espectacularmente afortunadas y también a las espectacularmente desafortunadas. Me he preguntado: «¿Qué hacen los bendecidos por la suerte que otras personas no hacen, particularmente los condenados por la mala suerte? ¿Es posible cambiar nuestra suerte efectuando cambios prácticos en nuestro interior o a nuestro alrededor?».

Sí, es posible, y de eso trata este libro. Cuando sepas cómo hacerlo, ejercerás un control limitado, pero perfectamente real, sobre tu suerte. No serás capaz de controlarla de la manera deliberada y detallada que imaginan algunos místicos y «practicantes» del ocultismo. No obstante, con o sin fuerzas invisibles que te ayuden, te posicionarás de tal modo que tus probabilidades de tropezar con la buena suerte y evitar la mala se verán visiblemente aumentadas. Pues resulta que hay diferencias perceptibles entre los consistentemente afortunados y los desafortunados. En general, y con ciertas excepciones, los hombres y las mujeres con más suerte son los que han adoptado ciertos enfoques respecto a la vida y han dominado ciertos tipos de manipulaciones psicológicas internas. A este conjunto de características y actitudes lo llamo *ajuste de la suerte*.

He realizado este ajuste en mí y en mi entorno. Produce resultados agradables. Mis amigos me llaman afortunado, y es verdad: lo soy. Pero creo que soy afortunado no solo por tener suerte, sino en parte porque sé cómo tenerla. Si mi fortuna y la tuya se mantienen durante un tiempo, cuando lleguemos el final del libro el ajuste de la suerte se volverá útil para ti.

Tenemos un viaje fascinante por delante. Comenzaremos explorando el reino de la suerte y averiguaremos lo que diversos tipos de

personas hacen, dicen y piensan al respecto. Las apuestas claramente se valen de la suerte, y por lo tanto estudiaremos las vidas y fortunas de apostadores para ver qué verdades podemos encontrar en ellas. También charlaremos con especuladores bursátiles y otros que retan a la suerte pura y llanamente en sus vidas diarias. Y hablaremos con hombres y mujeres desconocidos y comunes que no se consideran a sí mismos apostadores, pero que en realidad lo son, como todos los demás.

Así que acompáñame, mantén cruzados los dedos y besa tus amuletos de la suerte. Estamos a punto de aventurarnos en tierras extrañas. Veremos cosas que pondrán a prueba nuestra capacidad para entender o creer, y tal vez al volver a casa hayan surgido más preguntas que respuestas. Aun así, volveremos con un poco más de sabiduría que al partir..., si tenemos suerte.